

FIESTA DE LOS BEATOS MÁRTIRES DE MONTSERRAT

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

13 de octubre de 2017

Is 25, 6-9; Heb 12, 18-19.22-24; Jn 15, 18-21

Hemos empezado esta celebración, hermanos y hermanas, proclamando "felices los que han seguido las huellas de Cristo", que "por amor a él derramaron la sangre y ahora disfrutan con él eternamente" (cf. Canto de entrada). Lo cantábamos refiriéndonos a los beatos mártires de Montserrat, cuya fiesta hoy celebramos. Los proclamábamos felices. Pero también su martirio es fuente de felicidad para nosotros, tal como afirma la oración colecta.

Efectivamente, en la oración colecta decíamos que "para nosotros es motivo de alegría la corona fraterna de los mártires de Montserrat". "Motivo de alegría", ¿por qué? ¿Qué es lo que nos debe alegrar de estos mártires? Fundamentalmente, dos cosas: "la corona fraterna" que forman y su testimonio martirial.

La "corona fraterna". Es una imagen bonita que evoca la vida que, a pesar de la diversidad de edades y de promociones, compartieron en Montserrat; especialmente los meses anteriores a su muerte. San Benito quiere que el monasterio sea una comunidad de hermanos en la fe, unidos por el amor a Jesucristo (cf. RB 4, 21) y por el amor a los demás (cf. RB 35, 1.6), que se ayudan y se alientan en su trabajo espiritual (cf. RB 1, 5). La vida que compartieron en nuestro monasterio --no exenta de debilidad y de faltas, como toda vida humana- tuvo su desarrollo en el martirio que también compartieron sin echarse atrás. Si en el monasterio formaban una "corona" *en torno a la mesa fraterna como renuevos de olivo* (cf. Sal 128, 3), ahora la forman entre los mártires "en la mesa del Reino" ante el Señor resucitado (cf. Canto de comunión). En la oración colecta, hemos pedido al Señor el don de alegrarnos por el testimonio de vida y de muerte de nuestro beatos mártires. De alegrarnos para que sepamos descubrir la gracia de Dios y la respuesta generosa de aquellos monjes hermanos nuestros. A los ojos de los que no tienen fe, podría parecer, la de ellos, una vida inútil y un fracaso final. Pero la mirada de la fe cristiana sabe descubrir la belleza de una vida dada a Dios y de una muerte plenamente identificada con la de Jesucristo. Y con la alegría de contemplar esta "corona fraterna", podemos sentir una cierta envidia de su amor a Cristo hasta la muerte, preparado y sostenido por la vida de comunidad.

Tras constatar que "la corona fraterna" de los mártires de Montserrat "nos es motivo de alegría", la misma oración nos hacía pedir que seamos "más firmes en la fe". Es decir, que nuestra fe en Cristo sea más consistente, más vigorosa, más profunda, más portadora de vida y de dinamismo espirituales. Los mártires no dieron la vida por una idea, por unas convicciones, sino por una persona: Jesucristo. Si su fe no hubiera sido vigorosa, les habría faltado el coraje de perseverar hasta el final. Y no fue así. En la vida en el monasterio, habían aprendido que el monje no debe anteponer absolutamente nada a Cristo (cf. RB 4, 21; 72, 11). Y en las semanas previas a su detención y su ejecución habían tenido ocasión de reflexionar -como dicen algunos testigos- que lo de no anteponer nada a Cristo quería decir, también, no anteponer a Él la propia vida; eran conscientes que muy probablemente se encontrarían en el dilema de escoger la muerte por amor a Cristo o tener que renegar de Cristo para continuar en vida. Y ellos escogieron la fidelidad al amor de Cristo hasta la muerte. Admirando, pues, esta fidelidad por amor, sostenida por una fe viva, pedimos que también nosotros sepamos vivir esa fe que debe vertebrar nuestra personalidad y que seamos testigos en todas las circunstancias de la existencia.

Ser "firmes en la fe", tener una fe vigorosa, y comprometida en el día a día, es una gracia de Dios. Por eso hemos pedido en la oración que comento, que nos sea otorgada por las oraciones de nuestros mártires de Montserrat. Ellos están cerca de Dios identificados con Cristo glorioso después de haberse unido a él con la vida monástica y con los sufrimientos de la persecución y de la muerte. En la comunión de los santos, ellos interceden, rezan, por nosotros, que estamos reunidos en la misma basílica donde ellos se fueron compenetrando con Cristo. Hemos pedido a Dios que, por intercesión de nuestros mártires, nuestra fe sea más firme. Pero su intercesión a favor nuestro abarca todo lo que nos conviene para ser más fieles a Jesucristo. Y no rezan sólo por nosotros. Interceden por la Iglesia extendida de oriente a occidente, por la humanidad entera. Hoy, además, confiamos a su intercesión el momento que vive nuestro pueblo, que ellos sirvieron estando en Montserrat, desde una pluralidad de sensibilidades y de opciones.

Hay, además, otra petición en la oración colecta: "que su martirio nos consuele". La vida tiene momentos y momentos; a veces las dificultades o los problemas personales, familiares o sociales nos preocupan, nos entristecen, nos paralizan; hay circunstancias dolorosas que nos desconciertan, que nos angustian, que nos hieren profundamente, ... La fe cristiana ilumina estas situaciones, no las suele evitar, pero muestra la manera de vivirlas siguiendo la palabra de Jesucristo. No siempre, sin embargo, es fácil tener esta visión de fe y nos podemos quedar encerrados dentro de un horizonte pequeño y asfixiante. Por eso encontramos consuelo en el mártires; en su manera, llena de fe y de paciencia, de afrontar las adversidades y los sufrimientos, encontramos consuelo sobre todo en la recompensa que recibieron de Jesucristo. Su martirio nos consuela, nos aporta un bálsamo para las heridas, un solaz en los dolores y las oscuridades, un alivio en el llanto. No pedimos evadirnos de la realidad que nos rodea, sino de vivirla desde la fe, con profundidad espiritual, tal como corresponde a los discípulos de Cristo.

Para vivir la realidad con profundidad espiritual y para mantener la fe vigorosa, sin embargo, es necesario que nos alimentemos con la Palabra de Dios y con la Eucaristía, tal como estamos haciendo nosotros ahora. Nuestros mártires se alimentaron de ella y se mantuvieron firmes hasta el final. Por eso ahora están en la mesa del Reino con Jesucristo, tal como cantaremos el momento de la comunión (cf. Lc 22, 28.30). La "corona fraterna" que tejieron en el monasterio, en los mismos espacios por donde discurre la vida de nuestra comunidad, se consolidó en el martirio y ahora es copiosa en la mesa del Reino, haciendo corona al Cristo glorioso. Que nos sea dado poder llegar al Reino, a nosotros que, en Montserrat, celebramos con alegría su victoria martirial.